

En día Domingo

Comenzó el pasado domingo la temporada de carreras del Jockey Club mexicano...

Ninguno de los caballos que han triunfado en veces anteriores estaba anunciado...

Careció también el espectáculo, de las seductoras emociones inherentes a él...

Los hermanos Jorge y Eduardo Orrin, que han llegado á hacerse populares entre nosotros...

Nuestro público, que no anda parco en eso de acudir á la tienda del Seminario...

Se distinguieron en sus ejercicios, López, un trapeartista compatriota, y los mismos Orrin en sus juegos de salón...

Anunciadas estaban para el jueves las conferencias literarias que en el teatro Arben debía dar el literato español Sr. Benítez...

El amigo Moreno Justum et tenacum propositi á la manera del varón aquel de Horacio...

der por cierto desembarazo que posee y cierto estilo de tanto, que no es uno de esos coristas á quienes por desgracia nuestra...

El barítono es un novicio en las tablas. Las pisa sin timidez, pero sin arte. Su órgano es fuerte, sonoro, agradable...

Hay en el descabellado argumento de Lucía que ornó con tan tiernas melodías el género de Gaetano Donizetti...

La gran ária llamada de la locura, fué para esta apreciable artista, motivo de nutridos aplausos y llamadas repetidas á la escena...

La repetición de "Favorita," que salió muy bien y en la que la Varelli abandonó un tanto su timidez para decir con algún fuego el andante de la aria Oh moi Fernando!

Están anunciadas Mignon, La garce y Carmen, y esta noche se verá la Dame Blanche, obra del género francés puro que gustará sin duda alguna.

Al hijo mayor de Junot, Napoleón duque de Abrantes, persona de malas costumbres y borrascosa juventud, pertenece esta frase tan espiritual como cínica...

Se hablaba de X que acababa de perder un grueso pique en las carreras de caballos. —Se ha vuelto casi imbécil, decía uno de sus amigos.

Entonces ha ganado mucho, interrumpió otro, porque antes lo era por completo.

DOMINICUS.

EL NACIONAL.

Frenético, horrorosamente frenético está este periódico contra EL TIEMPO.

Para que vea lo mucho que nos afligen sus indignaciones, y para solaz de nuestros lectores, vamos á copiar los párrafos más selectos del artículo que nos dedica.

Así verá el NACIONAL que damos mayor publicidad á sus palabras, pues de lo contrario, aquellas solo serían conocidas de sus poquísimos suscritores.

Prepárense nuestros lectores!

En cuanto á anexiones, cuenta con la de un mozalvete tonsurado y grasiento, que de la sacristía de la parroquia de un pueblo le ha llegado de refuerzo.

Con sus insultos, diatribas y calumnias diarias al partido liberal, á las autoridades constituidas y á la nación, el periódico envidioso y calumniador ha prestado grandes, inmensos servicios al país, á la religión católica y á la humanidad.

Esto es una solemne mentira de la hoja procaz y embustera.

El ilustre prelado, el virtuoso y digno Pastor de la Iglesia mexicana, se respeta y vale mucho para descender á aprobar la indigna conducta de la media docena de galinillas, que cacarean en EL TIEMPO, cluena

de necia vanidad, y hambrientas de un grano que no les llega.

... y una de las pruebas es que en medio de su vocería y escándalo, vuelven siempre los ojos al general Diaz, jefe del partido liberal, como vuelve los ojos á la estrella polar el viajero perdido en el desierto...

Aunque escriban en él un cura español ex-carlista, y otro clérigo de pueblo, joven ambicioso y nada apropiado para el ministerio eclesiástico, tampoco es órgano de la Iglesia mexicana.

EL TIEMPO solo significa lo poco que es, es decir, un grupo de seis individuos oscuros, que han encontrado por un pedazo de pan, un desgraciado, complaciente firmón de sus lucubraciones, quien espera la ocasión de desertarse de ellos, á cambio de un plato de lentejas.

Detrás de esos seis, que cuando lo juzguemos necesario diremos quiénes son, y como miserables satélites suyos, giran otros tres ó cuatro entes sin oficio ni beneficio, y entre los cuales alguno, que nos han informado está entre ellos, cuenta con antecedentes nada honrosos en su vida privada.

En cuanto á los seis susodichos, son gente que con una mano sirve á Dios y con otra al diablo, y á los que fotografiamos cuando llegue la hora, arrancándoles la careta, con que se encubren. Ese es EL TIEMPO.

Nada es, nada vale y nada significa en la sociedad. Está carcomido por la envidia, que es uno de los pecados capitales á quienes nunca fervorosa culto. Aprovechando las circunstancias difíciles que ha traído sobre el país la crisis financiera y la mercantil, ha armado una alharaca, que ha hecho detenerse algunos bobos á escucharlo, como se paran en la plaza pública á contemplar á los dos charlatanes que en el Zócalo, venden específicos (?) para el uso de los tontos.

EL TIEMPO es el Merolico de la Prensa, y nada más! Quiere pan y no le dan. Ese es el secreto de su fúnebre vociferancia. El día que se le arroje un mendrugo le recibirá para devorarlo á dos carillos, venga de la Tesorería ó de un basurreo, y defenderá lo que se le mande, venga de donde viniere, como defendió la línea subvencionada de vapores á China.

No hay un hombre de valor en su redacción. El Gobierno y el país no deben fijarse en él. Lo devoran la envidia contra los otros periódicos, sean católicos y conservadores como LA VOZ; sean liberales y católicos, como nosotros; sean liberales y liberales pensadores como EL MONITOR y LA LIBERTAD; sean de la comunión política y de la religión que fueren como otros.

Mañana atacará al general Diaz, á quien hoy simula respetar, si el general Diaz no le da, aunque sea un hueso que roer, que los colmillos de las hienas están á prueba de los cráneos de los muertos que sacan de los cementerios.

Respecto á su cacareado catolicismo, no es sincero, sino mentido; lo ha tomado como máscara; es el disfraz del Merolico que representa. Como Luis Veullot, á cuyos tobillos no llega, pretendía tratar de potencia á potencia con el Sumo Pontífice, y se rebelaba, y proclamaba más católico que Su Santidad, si éste no iba al extremo que quería el voltario y veullot; EL TIEMPO igualmente veullot y voltario, se volverá contra el Jefe de la Iglesia mexicana el día que éste no le siga en sus histéricos arrastres, en sus mezuquinos odios y en sus ruidos extravagancias y viles rencores.

Jamás el general Diaz, estamos convencidos de ello, transigirá con EL TIEMPO ni admitirá el nauseabundo incienso de sus bajos adulaciones. El carácter caballeresco, noblemente altivo, franco y leal del soldado de la Reforma y del vencedor del 2 de Abril, no tiene, ni puede tener ningún punto de contacto con la gentuza de EL TIEMPO.

Munca un valiente se ha unido con un cobarde; nunca un hombre honrado con un vicioso. El que acaba de ser Presidente de la República y está, por sus servicios importantes, por su patriotismo y sus virtudes, colocado sobre altísimo pedestal, jamás descenderá á mancharse con el lodo de EL TIEMPO. El que no transigió con el hijo de los Césares, llamado al sólo imperial levantado por el partido conservador, en el que había hombres honrados y de valía, como Gutierrez Estrada, Almonte, Hidalgo, y otros muchos; jamás tendrá, siquiera por miseros turiferarios á los que aquellos mismos hombres si vivieran, no les dispensarían ni consideración, ni confianza, como no se le dispensa el Sr. Labastida, que figuró entre ellos. Los pigmeos no pueden ponerse en paragon con los gigantes. Desengáñese una vez por todas el Merolico de

la prensa, pierda las ilusiones que abriga, y vuelva al basurreo de donde salió.

¡ECCE HOMO! VIAJE TRAJI-CÓMICO DE DON SILVESTRE BAUSAN.

En la famosa villa de Pinto, punto céntrico de España, vivía un hombre honrado, á quien el bautismo dió por nombre Silvestre, y su genealogía por apellido Bausan.

Habiase criado de monaguillo; ascendido á sacristán despues; pasado más adelante á jercer la profesion de domine, y llegado al fin á obtener el cargo de mayordomo de fábrica.

Don Silvestre Bausan era esposo y padre: esposo de una corpulenta y atomatada matrona; padre de ocho chiquelos donosos y llorones, traviesos y lindos, que no habia mas que pedir.

La cofradía del santo patrono hizo hermano mayor á don Silvestre, y el sastré del pueblo hizo aun mas que la cofradía, haciéndole un frac que era la admiracion de toda la comarca. No afirmaré yo que aquel frac era el más elegante, pero sí que era el más cumplido de todos los fraques posibles.

Un día... día fatal y memorable!... doña Dominga, la esposa de Bausan, dijo á su pariente: —Silvestre.

El respondió con la emoción que siempre le producía la voz de su mujer: —¿Qué quieres, Dominga?

Y ella continuó: —El martes hace diez y nueve años que nos casamos.

—Verdad es! repuso don Silvestre, y suspiró. —Si te parece, querido, podíamos ir á celebrar el día á Valdemoro.

—¿Y por qué á Valdemoro, borrega mía? —Porque ya sabes que mi tío el beneficiado no puede venir á comer con nosotros «por mor» de la gota; pero yo tengo para mí que celebraría mucho fuésemos á llevarle los niños, y á comer con él.

—A comer á él, deberías decir, hija; porque los niños son ocho, que comen como diez y seis; tú y yo somos dos que tragamos como tres; Blasa no podrá menos de venir para tener en brazos á Isidrita, y y cuidar de la limpieza de Manolo, si él la descuida, como es regular, y Blasa devora más que todos nosotros juntos: de manera que tu tío el beneficiado tendrá que poner sobre los manteles todo el beneficio, y aun así resignarse á que no le toquen á él mas que los huesos y piltrafas, si ya no se las disputa y comparte Napoleón (el perrillo dogo), á quien no podríamos dejar solo encerrado en casa.

—¿Jesus! ¿de qué disparatas, Silvestre! Yo no pensaba en embocarle al tío tantos convidados, sino en llevar con nosotros la comida. —¿Y qué hemos de llevar? —Toma! cualquier cosa. Una tortilla de jamon unos hornazos, unos hnevos cocidos. . . .

—¿Y qué mas, morena! porque hasta ahora todo se vuelve huevos. —Cuatro gallinas asadas. . . .

—¿Y luego? —Pondremos también medio cabrito. —¿Asado, como las gallinas? —No, le llevarémos vivo para componerle allá á gusto del tío.

—Pero, Dominga, ¿cómo quieres llevar medio cabrito vivo? —Tienes razon. . . . En fin, la mucha cha le guisará en coelifrito.

—Que lo sabe hacer muy sabroso. —Echarémos también frutas, bizcochos, y algunas otras frioleras.

—En fin, el fondo de la dispensa. (Nadie se burle, que otros mas estirados que nosotros llevaremos aguardiente y risol.)

—El pan y el vino, el tío los pondrá. Nosotros llevaremos aguardiente y risol.

—El risol, ó sea rosoli, (corríjilo Bausan) y el aguardiente, yo los llevaré en las calabazas que compré al efecto cuando fui á Madrid á examinarme.

—Y para el viaje, y colocar los cestos de la comida, alquilarémos el coche de colleras de Pacorro el tuerto.

—¿Y cómo hemos de caer todos, cestos y personas, en tal confesionario? —Eso, verdad es. A no ser que tú fueras á caballo: porque si te metes en el coche, te van á poner perdido el frac las criaturas.

—Perdido. . . . yo lo creo. Ya no anda él muy hallado, y no le faltan sendas señales de cosas que han hecho sobre él las criaturas. Pero ¿y caballo? —¿Por qué no se lo pides á tu padrino el exento de guardias de ces, que está de jornada en Aranjuez? El tiene tres ó cuatro.

—Famosa ocurrencia! —Don Silvestre se esponjó de solo pensar que la villa de Pinto iba á contemplarle el martes próximo, al resplandor del sol de Mayo, vestido con su frac, y cabalgando en el arrogante corcel de un exento de guardias.

Todo quedó convenido; se escribieron cartas; se ajustó el carruaje; llegó el martes; llegó el caballo; llegó el coche de Pacorro el tuerto á la puerta de don Silvestre; llegó á embutirse en él toda la tribu de Bausan, de manera que por todas las ventani-

llas, hasta por los resquicios y rendijas, que eran muchas y grandes, en el vetusto vehículo rebosaban muchachos, chorreaban cestos y esportillas, y asomaban toda clase de envoltorios.

Un robusto paje en mangas de camisa, con calzon corto de paño pardo, y sin medias ni zapatos, se presentó á don Silvestre con la cabeza descubierta, por falta de sombrero ó gorra, trayendo del diestro el mas fogoso y bien plantado alazan que holló jamás con su altiva planta el empedrado sin piedras de la ilustre Pinto.

Don Silvestre, vestido de su famoso frac, chaleco blanco con flores azules, corbata verde con flores pajizas, pantalón mezcilla, botín pardo, zapato y espuela, sombrero de hule y guante de algodón, dió la orden al cochero de arrancar, y quedó preparándose á cabalgar, con aire satisfecho y reposado continente, de pie derecho bajo el dintel de su puerta. Trató de calzarse el guante, pero la falta practica le impidió por mas de un cuarto de hora conocer que estaba pugnando por adornarse la diestra mano con la izquierda quiroteca. Mientras empuñó su error, pasaron otros seis minutos; y á todo esto el buen Bausan no hacia mas que echar ojeadas á todos lados, y dar tiempo, por ver si los vecinos de Pinto acudían á mirarle montar á caballo. Su buena fortuna aun mentó el censozo hasta llegar á reunir seis viejas diez pilluelos, un donado de san Francisco, y tres gozquejos: total, veintidos espectadores.

Llegó por fin el momento de subir sobre el alazan: don Silvestre tomó con la una mano el un arzon, y el otro arzon con la otra mano. Como no habia mas arzones, no agarró mas, como no tenia mas manos, dejó en las del escudero la brida del caballo, sin perjuicio de apoderarse de ella una vez establecido y encajonado en la silla: introdujo el pié en el estribo; pegó dos brinquetes, y al tercero logró enviar á la parte opuesta de la cabalgadura la pierna sobrante, quedando con las narices muy cerca de la crin. Por fin, en otros cinco ó seis minutos recorrió, casi casi, la posición vertical, y apañados en menos de diez minutos los faldones, quedó, como si dijéramos, á caballo.

Faltaba otra operacion, y era la colocacion de las dos calabazas del vino y el aguardiente. Pidiólas, y cuando le fueron traídas, se las ató á la cintura con dos fuertes bramantes, dejándolas colgar por uno y otro lado en contacto con los ijares del caballo. En seguida hizo un grave saludo á los circunstantes, y con esto, y con sacudir dos ó tres veces las riendas blandamente, el caballo hubo de sospechar que era hora de partir, y salió al paso.

Salió al paso, y ¡ojalá nunca hubiera salido de su paso! Pero no fué así; sino que una vez en medio del camino comenzó á trotar, y esto de motu proprio, sin la menor complicidad por parte de don Silvestre. El trote, aunque no duro, hacia perder la silla al ginete; los faldones iban y venian en todas direcciones, y las calabazas golpeaban los costados del caballo. Este no podia atinar por más que discurría qué era aquello que llevaba encima: arrecebía el trote, y arrecebía el baloteo del hombre, calabazas y faldones. El rebrincar del primero, el ruidoso bazaqueo de las segundas, y el importuno tremolar de los últimos, soliviantaron al alazan de manera, que ya enojado tomó el galope, y con esto subió de punto el desorden de su carga, aumentado con el triscar de un estribo, que, pronunciado en abierta insurreccion se habia declarado independiente.

Don Silvestre bien hubiera querido moderar aquellos impetus, pero unos cuantos tirones que dió de la rienda, aprovechando los momentos favorables del involuntario vaiven, produjeron precisamente un efecto contrario al apetecido.

Al fin alcanzará el coche, decía para sí, y este maldecido caballo se parará. Acertó en lo primero, pero no en lo demás, porque el alazan del exento, creyendo sin duda que el coche de Pacorro era el de S. M., y figurándose que iba de escape, convirtió el galope en escape, y pasó de largo.

Doña Dominga gritaba: «¡Silvestre! ¡Silvestre!»

Los niños clamaban: «¡Papá! ¡papá!»

La criada se reía, el perro ladraba, y Bausan respondía á voces: «¡Allá voy!» ¿Qué entendería don Silvestre por allá?

Si allí era Valdemoro, en efecto allí iba, y allí llegó, y de allí pasó; siempre en direccion de Aranjuez, dejando atrás y llenos de asombro á cuantos viajeros á pie, en burro, á caballo, ó en carromato iba topando por el camino. La villa de Valdemoro se alarmó toda viendo aquella exhalacion: hubo quien conoció al corredor no obstante ir envuelto en una nube de polvo y en sus faldones. Llegaron al beneficiado las nuevas, y sobreponiéndose al embarazo de su padrogra, salió al balcon á preguntar «qué era aquello» y «quién era aquel.»

Varios holgazanes de los que siempre adornan las plazas de los pueblos se apresuraron á contestar á su merced, todos á un tiempo de borboton. —¿Es don Silvestre! —¿Es el marido de Doña Dominga! —Va á caballo. —Va en posta. —Va á ver al rey. —Va á llevar pliegos.

Mientras esto pasaba en la plaza de Valdemoro, en el camino de Aranjuez se le habian roto á D. Silvestre los bramantes, cayendo por consiguiente al suelo, ahora una, luego la otra calabaza. Aquí fué cuando el caballo se alborotó de todo punto; levantó el pico; se hizo dueño del bocado, dejó de correr, y comenzó á volar. . . . No huye con mas rapidez sobre dos férreos carriles la locomotiva impetuosa exhalando nubes de va-